

PANEGÍRICOS.

Del purísimo Corazón de María.

(Predicado en la iglesia de Belén, Habana 1909.)

Et misericordia eius a progenie in progenies.
Luc. 1, 50.

1. Una gracia particular atribuida por una persona piadosa á la intercesión del immaculado Corazón de María, nos congrega en este templo, amados hermanos en nuestro Señor Jesucristo, para tributar con modesto aparato, pero con piedad sincera, acciones de gracias y alabanzas al Dios de las misericordias y al Corazón de su Madre misericordiosa. Atribuir un favor del cielo, un bien que no pudieran otorgarnos la ciencia ni el poder humano, á la intercesión de María para con Dios, á la bondad de ese Corazón que tantas mercedes ha dispensado á los hombres desde el principio de los siglos hasta nuestros días, en que parece haber querido hacer alarde de su real munificencia, no es ciertamente una vana credulidad, una ilusión piadosa, ni mucho menos un acto de fanatismo, como alguno pudiera figurarse; es pura y simplemente la expresión de la gratitud cristiana, apoyada en la convicción, perfectamente razonable, de haber obtenido una merced extraordinaria de manos de María. ¡Sea, pues, tributado honor y gloria al Dador de todo bien y á la Dispensadora universal de las gracias del Señor!

Y pues la ocasión convida á dilatar el espíritu y regalar el corazón devoto con la contemplación de este Corazón

purísimo, obra maestra del soberano Artífice, mirémoslo de hito en hito, con ojo humilde, pero fijo, extasiado en la belleza inefable de ese prodigio de la Omnipotencia que atrae las miradas de los ángeles y cautiva el corazón del mismo Dios. Sí, y al mirarlo, palpíte el nuestro de amor y confianza en el Corazón de María, y cante nuestra lengua sus loores, repitiendo que es el corazón más bello y más perfecto de cuantos modeló el Criador, porque es el corazón más semejante al de Jesús. Para afirmarlo nos autoriza la Iglesia en su liturgia: *Cor Mariæ Cordi Filii tui simillimum*. Miradlos uno en frente del otro: del Corazón del Hijo parten los rayos que van á reflejarse en el Corazón de la Madre; aquéllos son de claridad infinita, y toda ella parece difundirse sobre el materno Corazón como sobre un espejo brillantísimo. ¡Qué luces! ¡Qué fulgores tan divinos! Esos rayos son la santidad, la pureza, la caridad y la misericordia, que tales son las virtudes que en grado excelentísimo adornan y deifican el adorable Corazón del Hombre-Dios. ¿Quién, pues, será capaz de comprender y mucho menos de explicar la pureza, caridad y misericordia del Corazón de María? Entendimiento de serafín y lengua de ángel serían necesarios para ello. Hagamos, sin embargo, lo que alcance nuestra pequeñez, confiando principalmente en los auxilios de lo Alto, que la misma soberana Virgen, cuya gloria procuramos, nos ayudará á alcanzar, si con devoción la invocamos, saludándola con el *Ave María*.

2. He indicado, hermanos míos, tres rasgos principales de la semejanza del Corazón de María con el de Jesús, ó sea, tres virtudes que brillan como ráfagas esplendorosas en ambos corazones. No penséis por eso que pretenda abarcarlas todas en este panegírico que se haría interminable, por muy someramente que tratara de cada una de ellas. Me concretaré, pues, á la *misericordia*, ya que, por este aspecto, ha querido mostrarnos María la grandeza de

su caridad, compadeciéndose de los pobres pecadores; y consideraré primero los motivos, y después los caracteres de la misericordia del Corazón de María.

I.

3. Puro, inmaculado y santísimo es el Corazón de la Madre de Dios, al fin como espejo en que fielmente se retrata la pureza y santidad infinita del Corazón de Jesús; pero este Corazón tan puro ha querido revelarse al mundo en nuestros tiempos, como foco de misericordia para con los miserables esclavos del pecado. Conocéis la historia de esta devoción y de la Archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias, que la ha difundido por toda la tierra; recordáis aquel grito de la fe, repetido tres veces por todo el pueblo que concurría á la instalación de la Hermandad en una parroquia de París, aquella invocación de las letanías lauretanas: *Refugium peccatorum, ora pro nobis*, y sabéis también los prodigios de conversiones súbitas, de curaciones de enfermos, de todo género de gracias en fin, obradas de entonces acá por la intercesión del misericordiosísimo Corazón de la Virgen santísima. No cabe duda, hermanos míos muy amados, que la misericordia es el aspecto, por donde quiere María que miremos y admiremos el día de hoy su Corazón; y ¿acaso no es éste el lado más brillante y más hermoso por donde puede presentárenos? y ¿no es también el más interesante para nosotros? Pobres pecadores, ¿qué puede halagarnos y esforzarnos tanto como la misericordia? *Misericordiæ Domini, quia non sumus consumpti; quia non defecerunt miserationes eius* — «Gracias á las misericordias del Señor que no se han agotado, no hemos perecido envueltos en el rigor de su justicia.»¹ Cantemos, pues, como esperamos hacerlo eternamente, las misericordias del Señor², ensalzando la miseri-

¹ Thren. 3, 22.² Ps. 88, 2.

cordia del Corazón de la criatura por quien Dios ha decretado favorecernos y salvarnos. Pero ¿cuáles son los motivos que impulsan al piadoso Corazón de la Virgen á compadecerse de nosotros? ¡Ah! ¿dónde encontraremos esos motivos sino en ella misma, en esa bondad que le es conatural, como imagen de Dios y como madre de los hombres? Por otra parte, ¿cómo no mover á compasión á un Corazón tan bueno, el exceso mismo de nuestras miserias? ¿Á qué buscar otros móviles de esa misericordia que admiramos?

4. Contemplemos, pues, llenos de amor y confianza la bondad del Corazón de María. Ella refleja, mejor que ninguna criatura, las perfecciones del Criador, por donde dice San Pedro Crisólogo¹: «El que contempla á María, sin sentirse enajenado, arrobado, desconoce á Dios que ha hecho de ella su imagen más completa.» Y en Dios ¿qué alcanzan á ver nuestros ojos, que mejor nos le dé á conocer, sino la bondad, pero una bondad que no tiene límites, una bondad indeficiente que ha producido fuera de sí todo cuanto hay bueno, hermoso y perfecto? ¡Ah! sí, *bonus est Deus*, nos dicen á cada página las sagradas Escrituras²; «¡Qué bueno es el Dios de Israel!»³ exclama el Profeta; «Tú solo eres bueno», decía la heroica Judit⁴. Y el mismo Jesucristo, para enseñarnos cuán grande es la bondad de Dios, llegó á decir: «Nadie es bueno, sino solo Dios.»⁵ Y es lo que la razón misma dice: Dios no sólo es bueno, sino la misma bondad, porque es el Ser por esencia, por quien no sólo existen las cosas todas, sino que son, en alguna manera, aun antes de existir en sí mismas, son posibles, se conciben, son objeto del pensamiento divino y aun del humano entendimiento, y objeto también del amor de aquel Ser omnipotente y bueno, que

¹ Serm. 104.² Thren. 3, 25.³ Ps. 72, 1.⁴ Judith 11, 6.⁵ Marc. 10, 18.

las llama á la existencia y les traza el derrotero de la felicidad. ¡Oh, bondad infinita de Dios! ¡Oh fuente de todos los bienes y de todo lo bueno! ¡Oh piélago insondable de amor! ¿Quién podrá comprenderte y amarte como lo mereces? Así que Dios es bueno con todo género de bondad: bueno porque es perfectísimo en sí mismo, y bueno para nosotros, para todas las criaturas, porque las colma de bienes con suma liberalidad. «El tesoro de su bondad es inagotable» — *Bonitatis eius infinitus est thesaurus*, canta la Iglesia, y el Apóstol encarecía á los romanos «las riquezas de la bondad de Dios, de su paciencia y longanimidad»¹. Buena es la tierra que nos alimenta con sus frutos, el mar que nos provee de elementos de vida, el cielo que nos cobija bajo su bóveda estrellada... bueno es el hombre que nos ayuda á llevar la carga de la vida terrestre, la sociedad que nos ampara, la Iglesia que nos salva. Pero ¿de quién proceden todos estos bienes, así de naturaleza como de gracia, sino del Dador de todo bien², del que es la bondad misma? Y ¿qué pensar de los bienes que nos guarda para más allá de esta vida de ensayo y de combate? ¡Oh magnificencias de la bienaventuranza preparada por Dios para los que le aman! «Ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni en el corazón del hombre pudo haber tanta grandeza.»³ Por manera, hermanos míos, que, si en el orden natural se ostenta á Dios tan bueno, mayores son, hablando á nuestro modo, las riquezas de su bondad en el orden de la santificación y de la gloria. ¡Tal es el corazón de Dios que llega á darse á sí mismo á sus criaturas! *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret*⁴. Dióse á sí mismo, dándonos á su Unigénito, consubstancial y uno en naturaleza con el Padre. Pero ¿adónde iríamos si siguiésemos la huella de luz de las divinas

¹ Rom. 2, 4.² Iac. 1, 17.³ 1 Cor. 2, 9.⁴ Io. 3, 16.

comunicaciones? Detengámonos á contemplar la imagen de Dios más perfecta y acabada entre las puras criaturas, el inmaculado y santísimo Corazón de María, y por él podremos formar alguna idea más cabal de la bondad del Criador.

5. Que María sea la criatura más perfecta, la Reina de la naturaleza, es una verdad incontestable en la Iglesia católica. Abundan los testimonios de los santos Padres y Doctores que así lo proclaman. No puede pensar de otro modo el sentido común del pueblo cristiano. Si, pues, la bondad originaria y personal se identifica con la perfección, ¿quién dudará que María es la criatura más buena? Pero si consideramos este atributo con relación á nosotros, como fuente de bienes y favores, no puede dudarse tampoco que la bondad de esta criatura supere á toda otra bondad que no sea la divina. En efecto ¿quién nos ha dispensado mayores beneficios y mercedes que aquella que nos dió al Redentor? Si otra dádiva no nos hubiese hecho más que ésta, ¿no sería bastante para aclamarla buena y munífica sobre todas las criaturas? De Dios dice el Apóstol: «El que entregó á su propio Hijo á la muerte por nosotros ¿cómo no había de darnos con Él todos los bienes?»¹ Y ¿no podemos razonar del mismo y semejante modo hablando de María? Pues ¿no nos dió también ella á su Hijo muy querido? ¿Qué significa el *Fiat* de su aceptación de la maternidad divina? ¿No fué su libre consentimiento el que decidió la venida del Verbo á encarnarse y padecer por la salvación del género humano? Sí, cristianos, somos deudores á esta criatura asociada á los designios del Altísimo, del bien incomparable de la Encarnación. Y luego ¿no le ofreció en el templo con el carácter de una madre que consagra su hijo al servicio del Señor, al sacrificio, si Dios quiere hacer de él una víctima? ¡Ah! y en el ara del

¹ Rom. 8, 32.

Calvario ¿no consumó María la oblación, dando por última vez su consentimiento para que fuese inmolado en la cruz. Debémosle, pues, con toda verdad el don perfecto, el mayor de los bienes, á Cristo nuestro bien¹.

Y ¡con cuánto amor nos le ha dado! Con todo el amor de su Corazón amantísimo de los hombres, por cuya salvación mejor que el Apóstol se habría inmolado ella misma. Hizo más que si sacrificase su propia vida, porque para una madre como María, cuyo Hijo le era más querido mil veces que su vida, sacrificar á Jesús era más que sacrificarse á sí misma. Y este amor que nos profesa, dice un célebre orador², vive siempre en ella, sin que sea ni menos fecundo ni menos eficaz que al tiempo de prestar su consentimiento al augusto misterio de la Encarnación. Hoy, pues, como siempre, María nos colma de favores porque nos obtiene todas las gracias que emanan de la redención, como dispensadora de todas, según la sentencia común de los Doctores. Su Corazón es el arca de los divinos tesoros que ella guarda allí para nosotros; y como Dios le hizo tan grandes mercedes, como lo cantó ella misma: *Fecit mihi magna qui potens est*³, así ella quiere hacémoslas también magníficas, dignas de su grandeza, tanto más que comprende que para la felicidad de los hombres ha sido á tanta altura sublimada. ¡Oh, y cómo se complace ese Corazón generoso en hacer cuanto bien puede á los hombres! Ésa es la dicha de las almas grandes, ése es el carácter de la verdadera nobleza: hacer el bien, hacerlo en grande escala. Y ¿qué corazón más noble que aquel que refleja tan al vivo las perfecciones de Dios?

6. Pero María no es sólo la imagen más acabada de la Divinidad, sino que también es Madre nuestra, y por este título, una nueva fuente de bondad: *Mater, fons amoris*,

¹ S. Bernard. apud Ventura de Ráulica.

² Bossuet, Serm. de la Anunciación.

³ Luc. 1, 49.